

esa nube de melancolía de que acabo de hablar.

Es que yo no puedo figurarme jamás á un pensador, sin suponerlo desgraciado en el fondo. Para mí el talento elevado, siempre es presa de dolores íntimos, por más que ellos se oculten en los recónditos pliegues de un carácter sereno. La energía moral, por victoriosa que salga de sus luchas con los obstáculos de la suerte y con las pasiones de los hombres, siempre queda herida de esa enfermedad incurable que se llama la tristeza; enfermedad que no siempre conocemos, porque no nos es dado contemplar á veces á los grandes caracteres en sus momentos de soledad, cuando dejan descubierta el alma en la sombra del misterio.

El cura era indudablemente uno de esos personajes raros en el mundo, y por eso yo no lo creía feliz. Hubiera sido imposible

para mí, después de haberlo escuchado, considerarlo como una de esas medianías que encuentran motivos de dicha en todas partes.

Continuando mi exámen, ví que era robusto, más bien por el ejercicio que por la alimentación. Sus miembros eran musculosos, y su cuerpo, en general, conservaba la ligereza de la juventud. Sobre todo, lo que llamaba mi atención de una manera particular, era su frente elevada y pensativa, como la frente de un profeta, y que aun estaba coronada por espesos cabellos de un rubio pálido: era la mirada tranquila y dulce de sus ojos azules, que parecían estar contemplando siempre el mundo de lo ideal: era su nariz, ligeramente aguileña, y que revelaba una gran firmeza de carácter. Todo este conjunto de facciones acentuadas y de un aspecto extraordinario, estaba corregido por una frecuente

sonrisa, que apareciendo en unos labios bermejos y ligeramente sombreados por la barba, y de unos dientes blanquísimos, daba al semblante de aquel hombre un aire profundamente simpático, pero netamente humano.

Su traje era modestísimo, casi pobre, y se limitaba á chaqueta, chaleco y pantalon negros, de paño ordinario, sobre todo lo cual vestía, quizás á causa de la estacion, un sobretodo de paño más grueso y del mismo color.

Cuando acabó de hablar con el alcalde, se levantó, y haciéndome una seña me presentó á aquel honrado personaje, á quien no solamente saludé, sino que, en cumplimiento de mis deberes militares, me presenté oficialmente; habiéndome excusado él con suma bondad de la fórmula de presentacion en la casa municipal esa noche, aunque ofrecí po-

ner en sus manos mi pasaporte al dia siguiente.

Despues, el cura me presentó á un sugeto que habia estado hablando con él, juntamente con el alcalde, y cuya inteligente fisonomía me habia llamado ya la atencion.

— El señor, me dijo el cura, es el preceptor del pueblo, de quien yo soy ayudante; pero todavía más, amigo íntimo, hermano.

— Es mi maestro, señor capitan, se apresuró á añadir el preceptor. Yo le debo lo poco que sé; y le debo más, la vida.

— Chist..... replicó el cura; usted es bueno y exagera los oficios de mi amistad. Pero usted está fatigado, capitan, y preciso será tomar un refrigerio, sea que quiera vd. dormir, ó bien acompañarnos en la cena de Navidad. Yo no lo acompa-

ñaré á usted, porque tengo que decir la *misa de gallo*; ya sabe usted, costumbres viejas, y que no encuentro inconveniente en conservar, puesto que no son dañosas. Aquí no hay desórdenes á propósito de la gran fiesta cristiana y de la misa. Nos alegramos como verdaderos cristianos.

Guióme entonces el cura á un pequeño comedor, en el que tambien ardia un agradable fuego, y allí nos acompañó al preceptor y á mí mientras que tomábamos una merienda frugal, pues no quise privarme del placer de hacer los honores á la tradicional cena de Navidad.

Despues, dejándome reposar un rato, salió con el preceptor á preparar en la iglesia todo lo necesario para el oficio.

Cuando volvió, me invitó á dar una vuelta por la placita, en que se habia reunido alguna gente en derredor de los tocadores

de arpa, y el amor de las hermosas hogueras de pino que se habian encendido de trecho en trecho.

La plazoleta presentaba un aspecto de animacion y de alegria que producian una impresion grata. Los arpistas tocaban sonatas populares y los mancebos bailaban con las muchachas del pueblo. Las vendedoras de buñuelos y de bollos con miel y castañas confitadas, atraian á los compradores con sus gritos frecuentes, miéntras que los muchachos de la escuela formaban grandes corros para cantar villancicos, acompañándose de panderetas y pitos, delante de los pastores de las cercanías y demas montañeses que habian acudido al pueblo para pasar la fiesta.

Nos acercamos al más grande de estos corros, y á la luz de la hoguera pude ver rostros y pesonajes verdaderamente dignos de Belen, y que me recordaron el hermoso

cuadro del *Nacimiento de Jesus*, de nuestro Cabrera, que decora la sacristía de Tasco. En efecto, esas cabezas rudas, morenas y enérgicamente acentuadas, con sus flotantes cabelleras grises y sus largas barbas; esas sonrisas bonachonas y esos brazos nervudos apoyándose en el cayado, parecen ser el modelo que sirvió á nuestro famoso pintor para su *Adoracion de los Pastores*. Y junto á ellos, y haciendo contraste, las muchachas del pueblo con su fisonomía dulce, sus mejillas sonrosadas y su traje pintoresco; y los niños con su semblante alegre, sus carrillos hinchados para tocar los pitos, ó sus bracitos agitados tocando los panderos : todo aquello me pareció un sueño de Navidad.

El cura notó mi curiosidad y me dijo :

— Esos hombres son en efecto pastores de las cercanías, y pastores verdaderos, como los que aparecen en los idilios de

Teócrito y en las Eglogas de Virgilio y de Garcilaso. Hacen una vida enteramente bucólica, y no vienen á poblado sino en las grandes fiestas, como la presente. A pocas leguas de aquí están apacentándose hoy sus numerosos rebaños, en los terrenos que les arriendan los pueblos cercanos. Estos rebaños se llaman *haciendas flotantes*; pertenecen á ricos propietarios de las ciudades, y muchas veces á un rico pastor que en persona viene á cuidar su ganado. Estos hombres son dependientes de esas haciendas y viven comunmente en las majadas que establecen en las gargantas de la sierra. Hoy han venido en mayor número, porque, como vd. supondrá, la Nochebuena es su fiesta de familia. Ellos traen tambien sus arpas de una cuerda, sus zampoñas y sus tamboriles, y cantan con buena y robusta voz sus villancicos en la iglesia, aquí en la plaza y en la cena que es

costumbre que dé el alcalde en su casa esta noche: justamente van á cantar, oígalos usted.

En efecto, los pastores se ponian de acuerdo con los muchachos para cantar sus villancicos, y preludiaban en sus instrumentos. Uno de los chicuelos cantaba un verso, y despues los pastores y los demas muchachos lo repetian acompañados de la zampoña, de la guitarra montañesa y de los panderos.

Hé aquí los que recuerdo, y que son conocidísimos y se han trasmitido de padres á hijos durante cien generaciones:

Pastores, venid, venid,
Veréis lo que no habeis visto,
En el portal de Belen,
El nacimiento de Cristo.

Los pastores daban saltos
Y bailaban de contento,
Al par que los angelitos
Tocaban los instrumentos.

Los pastores y zagalas
Caminan hácia el portal,
Llevando llenos de frutas
El cesto y el delantal.

Los pastores de Belen
Todos juntos van por leña
Para calentar al Niño
Que nació la Noche-buena.

La Virgen iba á Belen;
Le dió el parto en el camino,
Y entre la mula y el buey
Nació el Cordero divino.

A las doce de una noche,
Que más feliz no se vió,
Nació en un Ave-María
Sin romper el alba, el Sol.

Un pastor, comiendo sopas,
En el aire divisó
Un angel que le decia:
Ya ha nacido el Redentor.

Todos le llevan al Niño;
Yo no tengo que llevarle;
Las alas del corazon
Que le sirvan de pañales.

Todos le llevan al Niño,
Yo tambien le llevaré
Una torta de manteca
Y un jarro de blanca miel.

Una pandereta suena,
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,
El Santo José salió;
No me despertéis al Niño
Que ahora poco se durmió.

Pero los siguientes, por su carácter melancólico, me agradaron mucho :

Una gitana se acerca
Al pié de la Virgen pura,
Hincó la rodilla en tierra
Y le dijo la ventura.

« Madre del Amor hermoso,
Así le dice á María,
A Egipto irás con el Niño
Y José en tu compañía.

Saldrás á la media noche,
Ocultando al Sol divino;
Pasaréis muchos trabajos
Durante todo el camino.

Os irá bien con mi gente,
Os tratarán con cariño;
Los ídolos, cuando entréis,
Caerán al suelo rendidos.

Mirando al Niño divino
Le decia enternecida :
¡Cuánto tienes que pasar,
Lucerito de mi vida!

La cabeza de este Niño,
Tan hermosa y agraciada,
Luego la hemos de ver
Con espinas traspasada.

Las manitas de este Niño,
Tan blancas y torneadas,
Luego las hemos de ver
En una cruz enclavadas.

Los piecitos del Niño
Tan chicos y sonrosados,
Luego los hemos de ver
Con un clavo taladrados.

Andarás de monte en monte
Haciendo mil maravillas,
En uno sudarás sangre,
En otro darás la vida.

La mas cruel de tus penas
Te la predigo con llanto.
Será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.

No parece sino que el poeta popular y desconocido que compuso este villancico de

la gitanilla, quiso, á propósito del Niño Jesus, encerrar en una triste prediccion, la que ante la cuna de todos los niños puede hacerse de los sufrimientos que los esperan en la vida.

Y despues de versos tan melancólicos, los cantares concluyeron con éste que lo era más aún:

« La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos irémos
Y no volveremos más. »

— Todos estos villancicos antiguos son de origen español, dijo el cura, y yo advertido que la tradicion los conserva aquí constantemente como en mi país¹. Respe-

1. En efecto, en casi todos los pueblos de la República se cantan en la Noche-buena estos villancicos, que ciertamente son de origen español. Pueden verse todos reunidos en la preciosa coleccion de Cantos Populares, que ha publicado D. Emillo Lafuente Alcántara, académico de la Historia, con el título de *Cancionero popular*. Madrid — 1865.

tables por su antigüedad y por ser hijos de la ternura cristiana, tal vez de una madre, poetisa desconocida del pueblo, tal vez de un niño, tal vez de infelices ciegos, pero de seguro, de esos trovadores oscuros que se pierden en el torbellino de los desgraciados; yo los oigo siempre con cariño, porque me recuerdan mi infancia. Pero desearia de buena gana que los sustituyeran con otros mas filosóficos, mas adecuados á nuestras ideas religiosas actuales, mas propios para inspirar en las masas, en esta noche, sentimientos no de una alegría ó de una ternura inútiles, sino de una caridad y una esperanza siempre fecundas en la conciencia de los pueblos. Pero no hay quien se consagre á esta hermosa poesia popular, tan sencilla como bella, y ademas seria preciso que el pueblo la aceptase gustoso, para que se pudiera generalizar y perpetuar.

— Pero hé ahí las once y media, dijo el cura al oír el alegre repique que anunciaba la *misa de gallo*. Si usted gusta, nos dirigiremos á la iglesia, que no tardará en llenarse de gente.

Así lo hicimos: el cura se separó de mí para ir á la sacristía á ponerse sus vestidos sacerdotales. Yo penetré en la pequeña nave por la puerta principal, y me acomodé, en un rincón, desde donde pude examinarlo todo. El templo, en efecto, era pequeño como me lo había anunciado el cura: era una verdadera capilla rústica, pero me agradó sobremanera. El techo era